

—Buenas noches.

La bruja desapareció tras la puerta, el mulato se acercó de puntillas, observó algunos momentos, y después, abriendo con el mayor cuidado la puerta de la calle se escurrió en silencio entre las sombras del crepúsculo que comenzaba á dibujarse en el horizonte.

## CAPÍTULO V.

### LA BRUJA Y LA INQUISICION.

#### I.

La ciudad de Valladolid supo al día siguiente que las brujas habian caido en la taberna de Lino el Mulato; que después de matar las luces del candil, aporrearon á los parroquianos, y solo huyeron cuando fray Angel las exorcizó; que el delegado de la Inquisicion hizo capturas importantes, entre ellas una inesperada; porque nadie hubiera imaginado cómplice de las brujas al padre Pontolongon.

Los amigos del señor obispo ocurrieron al obispado en busca de noticias, que salieron á recibirlas, pues no faltó quien contase desde luego la paliza del señor de Ramos y la desaparicion del familiar Pedraja á quien las brujas se robaron de la taberna.

Hubo vieja que aseguró haber oido los gritos del estudiante cuando lo pasaron por el techo de la casa montado en un palo de escoba.

Acrecentóse el tumulto cuando fray Angel salió del obispado

con fuerza armada en direccion á la casa de don Manuel Perez Treviño.

El pueblo siguió al fraile, que llamó á la puerta en nombre del Santo Oficio.

Presentóse airado el portugues, y preguntó de mal talante:

—Qué se le ofrece al Tribunal de la Fé?

—Entremos, dijo el fraile, hay cosas que no pueden decirse en público.

—Entremos, contestó secamente el portugues.

El fraile penetró en la casa y entró en el escritorio de Treviño.

El portugues cerró la puerta y esperó á que le hablase el delegado del Santo Oficio.

—Señor de Treviño, dijo el fraile, hace algunos meses que la Inquisicion sigue un juicio oculto acerca de vuestra conducta.

—Y qué ha investigado, reverendo padre?

—Que os hallais contaminado de heregía.

—Siempre lo mismo! gritó Treviño sin poderse contener.

—Luego no es la primera vez, que sois acusado de ese abominable crimen?

—Hablabas solamente del *pretesto*.

—Cuidad de no propararos, señor de Treviño, que estais en mi presencia.

—Pero en fin, qué quereis?

—Es fácil imaginarlo, se necesita que os presenteis á la Inquisicion en México.

—Y qué le diré á la Inquisicion?

—Será remitido con vos el proceso.

—Soy víctima de una infamia; lo que hay de cierto es que un familiar del obispo llamado Pedraja, se ha enamorado de mi hija, y para deshacerse de mí me ha denunciado, es decir, me ha calumniado.

—Os engañais, caballero, ese estudiante está inodado en el proceso, anoche ha desaparecido y ya se le busca con ahinco.

—Entonces quién puede ser?

—Es un secreto que no puedo revelároslo; entregadme las llaves de toda la casa, inclusive la de los cofres del dinero, porque sois inmensamente rico.

—Hé aquí el secreto, pensó el portugues, y luego añadió con acento de misterio:

—Reverendo padre, hé aquí lo que son las casualidades; tenia una fuerte suma que entregar como un donativo, cuando se me denuncia por heregía.

Fray Angel abrió la boca como si se tratara de comerse al portugues.

—Bien, entregadme esa cantidad, la prision no obsta.

—Es que ya no tiene lugar hasta ver el resultado del juicio.

—Y á cuánto ascendia la donacion? preguntó el delegado lamiéndose los labios.

—A sesenta mil pesos en oro.

—*Pecata!* exclamó el fraile, y continuó despues de una breve pausa: el resultado no puede ser dudoso, vuestra piedad cristiana se acredita en grado supremo con esa accion digna de un emperador cristiano.

—Pues ya sabeis que al terminar el proceso, pondré en vuestras manos el oro.

—Francamente, señor de Treviño, me ha conmovido profundamente cuanto acabais de decirme, y estoy dispuesto á levantar una acta en que conste que sois el portugues mas cristiano que se halla en el reino.

—Bien, estoy pronto.

—Teneis algo que añadir?

—Tal vez.

—Hablad, que yo estoy á vuestras órdenes; pero de una manera tan absoluta como no os lo podeis imaginar.

—Lo creo, reverendo padre, y voy á ser franco; dos personas me inquietan terriblemente.

—Os libraré de ellas, señor de Treviño, y os juro que no las vereis mas; decidme sus nombres.

—Una de esas personas se llama Antonio Pedraja.

—No se necesitaba vuestra recomendacion, ese miserable se ha permitido poner las manos sobre un sacerdote y medio matar á un individuo.

—Ese individuo es la otra persona á quien abomino; porque á su vez se ha permitido pretender á mi hija Rosalia, á quien amo, despues de Dios, con mas idolatría.

—Teneis razon, señor de Treviño.

—Habeis de saber que un dia supe los amores del familiar y llevado de la cólera, dije delante de ese menguado del barbero, que primero la casaria con él que con el estudiante; desde entonces no ha cesado de dirigírsele, llegando su avilantez al grado de pedírmela en matrimonio.

—Dios mio, qué blasfemia!

—Yo le dije que lo pensaria, seguro de lo irrealizable de ese pensamiento absurdo.

—Y bien?

—A pesar de que asegura Ramos que es un negocio arreglado, yo creo que al perder las esperanzas, el muy solapado tendria la idea de denunciarme como á herege y deshacerse de mí.

—No está mal pensado.

—Ya sabeis el odio que se nos tiene á los portugueses, somos fruta de hoguera; por lo que----

—No, no continueis, todo está arreglado, os tomo bajo mi proteccion, seremos de hoy en adelante los mejores amigos, aunque en secreto.

—Contad conmigo en cuanto se os ofrezca, por ahora podreis disponer de diez mil duros, llevareis en oro el dinero, y pedidme cuanto querais, que estoy dispuesto á servirlos en todo.

—Bien, dijo el fraile, eso es lo que verdaderamente se llama amistad.

—Venid á mi aposento, pediremos la llave á mi hija.

—Andando, amigo mio, andando, ya nos la pagarán ese par de zánganos; no faltaba mas que inquietasen á un hombre honrado; hoy mismo los remito á México, y dentro de quince dias ya están en los antros del Santo Oficio.

—Gracias, reverendo padre.

## II.

El portugues y fray Angel entraron en una de las piezas interiores de la casa, donde se hallaba un gran estante de cedro con cerrojo y cerradura.

El fraile le dió una mirada de codicia capaz de romper las hojas.

—Rosalia! Rosalia! comenzó á gritar don Manuel; ya conoceréis de paso á mi hija, es bellísima y llena de un candor angelical; ¡pobre niña! y pensar que iba á quedarse sin padre, merced á una calumnia.

—Decís bien, una calumnia; porque cuanto veo en esta casa, denuncia á un verdadero cristiano: ese cuadro del apóstol San Pedro es magnífico, y esa Virgen de Guadalupe es pintura esquisita.

—Mi hija, reverendo padre, es devota de estos dos santos, que encontrareis por toda la casa.

—Bien, bien, ese sentimiento religioso debe protegerse, para contar siempre con el favor divino.

—Pero esta niña no viene; Rosalia! Rosalia!

—Estará en alguna ocupacion, se habrá atemorizado con mi presencia, id en su busca, aquí os aguardo, no os tomeis pena por la dilacion.

—Pues con vuestro permiso.

—Id, señor de Treviño, id en pos de vuestra querida Rosalía.

El portugues salió de la estancia.

—Este maldito, decía el reverendo padre, debe estar podrido en pesos; ese estante trasciende á oro, vamos, que ha sido una lotería el hallazgo del portugues: diez mil duros es un *boccato di cardinali!* y lo que se sigue---- vamos, que yo estoy loco con este negocillo: si he llevado adelante mi plan antiguo, sigue precisamente la confiscacion de los bienes y no me toca. un solo maravedí, conozco á la Inquisicion; ademas, yo cargaría con la odiosidad; y estos portugueses son el demonio---- explotemos su miedo, que así nos irá bien á los dos, él me hace rico, y yo lo declaro el mas católico del universo.

Púsose á medir á grandes pasos el aposento, en espera de Treviño.

—Demonio! la ausencia se prolonga---- si se habrá largado, jugándome una burleta---- seria divertido que me hubiese fraguado la historia de los diez mil para librarse de mis garras.... esperemos---- esperemos----

No habian pasado cinco minutos cuando el portugues se precipitó en el aposento desesperado.

—Qué teneis, señor de Treviño? preguntó asustado el fraile al ver el rostro descompuesto de su interlocutor.

—Es increíble!

—Os han robado el oro que me íbais á entregar?

—Ojala! exclamó llorando el portugues.

—No somos de la misma opinion, murmuró entre dientes el fraile.

—Pero esto es espantoso!

—Hablad, hablad.

—Mi hija ha desaparecido!

—Dios mio! pero por dónde? á qué hora?

—No lo sé; pero yo siento la muerte!

Acercóse Treviño al fraile, lo tomó fuertemente por la mano y le dijo trémulo por el dólora y la desesperacion:

—Reverendo padre, soy inmensamente rico, rico como no sois capaz de figuraros---- pues bien, todo cuanto poseo es vuestro si me ayudais á encontrar á mi hija; poned en movimiento cuantos resortes tengais en vuestra mano, trabajad, derramad el oro, pero encontrad á mi hija, porque me siento morir.

—Infeliz padre! exclamó hipócritamente fray Angel.

—Lo oís, reverendo padre? mi caudal, mi vida, todo es vuestro.

—No necesito tanto, os empeño mi palabra de que Rosalía volverá á vuestro lado; calmaos y veamos con sangre fria este negocio, es necesario reflexionar, para que surtan efecto nuestros planes.

—Haced lo que os parezca, yo necesito á mi hija, tomad para que el camino se os facilite.

El portugues tiró fuertemente del cerrojo del estante y la cerradura saltó en pedazos.

—Tomad, ahí teneis oro, mucho oro.

El fraile se puso cartuchos de onzas hasta en los manguillos, y con las lágrimas en los ojos de ternura metálica, le dijo al portugues:

—Si fuera necesario comprometer mi existencia, no vacilaria un solo momento; adios, daré parte á la autoridad de vuestra inocencia, perseguiré al familiar y al señor de Ramos, y daré sobre la pista, Rosalía estará en vuestra casa dentro de algunas horas.

Salió fray Angel de la casa del portugues, diciendo claramente á la multitud que se habia agrupado á la puerta:

—Todo ha sido una calumnia, el señor de Treviño es un buen cristiano!

Los soldados y gente de golilla hicieron un gesto de desa-